

Konstantino Kavafis

Konstantino Kavafis nació en Alejandría en 1863. A la muerte de su padre, en 1870, la familia se trasladó a Londres, donde el poeta comenzó su educación, regresando a Alejandría diez años más tarde; tras una breve estancia en Estambul, vuelve definitivamente a Alejandría y comienza a trabajar en el Ministerio egipcio de Riegos.

En 1897 viaja a París y Londres y en 1901 pisa por primera vez suelo de Grecia, donde le son publicados algunos poemas en la revista Panatheneum; en Grecia permanece dos años y publica su primer libro, de sólo catorce poemas. Tras su regreso a Alejandría, sigue publicando poemas en las revistas Nea Zoe y Ta Grámmata. En 1920 abandona su trabajo ministerial y se dedica en exclusiva a su labor literaria, hasta su muerte en 1933. La primera edición íntegra de sus 154 poemas fue publicada en 1935, y los textos aparecieron, siguiendo la voluntad del autor, por el orden cronológico en que fueron escritos.

La figura de Kavafis significa la resurrección de la Literatura griega; influida en un principio por el simbolismo, su poesía se va haciendo gradualmente más “clásica”, más objetiva. Kavafis busca sus temas en la historia o la leyenda clásica de Grecia, pero también en una realidad actual y prosaica de la Alejandría de su tiempo. Pero es la primera de las facetas citadas la que le ha dado su fama y su proyección posterior en las literaturas europeas. Su nostalgia y su tristeza ante el paso del tiempo y la imposibilidad de retener la belleza marcan su poesía, así como su concepción de la referencia a la historia como el terreno de enfrentamiento entre el hombre y su destino.

www.antoniovarojimdo.com

Esperando a los bárbaros (1911)

¿Qué esperamos agrupados en el foro?
Hoy llegan los bárbaros.
¿Por qué inactivo está el Senado
e inmóviles los senadores no legislan?
Porque hoy llegan los bárbaros.
¿Qué leyes votarán los senadores?
Cuando los bárbaros lleguen darán la ley.
¿Por qué nuestro emperador dejó su lecho al alba,
y en la puerta mayor espera ahora sentado
en su alto trono, coronado y solemne?
Porque hoy llegan los bárbaros.
Nuestro emperador aguarda para recibir
a su jefe. Al que hará entrega
de un largo pergamino. En él
escritas hay muchas dignidades y títulos.
¿Por qué nuestros dos cónsules y los pretores visten
sus rojas togas, de finos brocados;
y lucen brazaletes de amatistas,
y refulgentes anillos de esmeraldas espléndidas?
¿Por qué ostentan bastones maravillosamente cincelados
en oro y plata, signos de su poder?
Porque hoy llegan los bárbaros;
y todas esas cosas deslumbran a los bárbaros.
¿Por qué no acuden como siempre nuestros ilustres oradores
a brindarnos el chorro feliz de su elocuencia?
Porque hoy llegan los bárbaros
que odian la elocuencia y los largos discursos.
¿Por qué de pronto esa inquietud
y movimiento? (Cuánta gravedad en los rostros.)
¿Por qué vacía la multitud calles y plazas,
y sombría regresa a sus moradas?
Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Y gente venida desde la frontera
afirma que ya no hay bárbaros.
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución después de todo.

Ítaca (1911)

Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en experiencias, en conocimiento,
A Lestrigones y a Cíclopes,
o al airado Poseidón nunca temas,
no hallarás tales seres en tu ruta
si alto es tu pensamiento y limpia
la emoción de tu espíritu y tu cuerpo.
A Lestrigones ni a Cíclopes,
ni al fiero Poseidón hallarás nunca,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien ante ti los pone.

Pide que tu camino sea largo.
Que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer, felizmente
arribes a bahías nunca vistas;
detente en los emporios de Fenicia
y adquiere hermosas mercancías,
madreperla y coral, y ámbar y ébano,
perfumes deliciosos y diversos,
cuanto puedas invierte en voluptuosos y delicados perfumes;
visita muchas ciudades de Egipto
y con avidez aprende de sus sabios.
Ten siempre a Ítaca en la memoria.
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla
con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte.

Aunque pobre la encuentres, no te engañará Ítaca.
Rico en saber y en vida, como has vuelto,
comprendes ya qué significan las Ítacas.

El sol de la tarde (1919)

Esta habitación, qué bien la conozco.
Han alquilado ahora este cuarto y el de al lado
para oficinas. Toda la casa ha sido
devorada por oficinas y comercios, y Compañías.

Oh qué familiar es esta habitación.

Una vez aquí junto a la puerta hubo un sofá,
y delante de él una pequeña alfombra turca;
y luego el anaquel con dos floreros amarillos.
Y a la derecha; no, frente a ellos, un armario de espejo.
Y aquí, en el centro, la mesa donde él se sentaba a escribir;
y alrededor de ellas las tres sillas de mimbre.
Y junto a la ventana el lecho
en que tan a menudo nos amábamos.

Aquellos viejos muebles deben andar por alguna parte.

Y junto a la ventana el lecho;
el sol de la tarde llegaba hasta el centro de la cama.

...A las cuatro de una tarde nos separamos,
por una semana solamente... Jamás
pensé que duraría para siempre.

www.antoniovarojimdo.com

Artífice de cráteras (1921)

Sobre esta crátera de purísima plata
–que para la casa de Heráclides modelo,
donde una elegancia sin tacha predomina–
contemplad estas frágiles flores y estas hierbas y el riachuelo,
y en el centro un hermoso adolescente,
desnudo, amoroso; su pierna metida hasta la rodilla
en el agua. –Cuánto rogué, oh memoria,
de tu preciosa guía, a fin de que
el joven que tanto amé fuese yo capaz de dejar aquí.
Muy difícil era mi trabajo, porque
quince años han pasado desde el día
en que sucumbió, como soldado, en el campo de Magnesia.

En una ciudad de Asia Menor (1926)

Las noticias sobre el resultado de la batalla de Actium
han sido realmente inesperadas.
Mas no es preciso componer un discurso distinto.
Con un cambio de nombre es suficiente. En lugar
de ese final: “Habiendo liberado a los romanos
del pernicioso Octavio,
ese César paródico”,
pongamos: “Habiendo liberado a los romanos
del pernicioso Antonio”.
Y todo lo demás queda perfecto.
“Al vencedor, gloriosísimo,
al nunca derrotado en batalla alguna,
al admirable por su acción política,
por cuanto ha deseado el pueblo ardientemente
el gobierno de Antonio...”
Aquí, no hay problema en cambiar a “de César
en quien hemos visto el más hermoso don de Zeus:
poderoso protector de los griegos,
el que honra benévolo las costumbres helenas,
el bienamado en todos los lugares de Grecia,
el particularmente señalado para el elogio insigne,
para la prolongada narración de sus hechos
en verso y prosa griegos;
en lengua griega portavoz de la fama”,
y etcétera, y etcétera. Todo perfecto a la ocasión corresponde.

Fui

Nada me retuvo. Me liberé y fui.
Hacia placeres que estaban
tanto en la realidad como en mi ser,
a través de la noche iluminada.
Y bebí un vino fuerte, como
sólo los audaces beben el placer.

Troyanos

Desventurados son nuestros esfuerzos;
inútiles como aquellos de los troyanos.
Conseguimos un pequeño éxito; ganamos
un poco de confianza; y la esperanza
y el valor renacen.

Mas siempre algo sucede que nos frustra.
Aquiles surge de la tumba ante nosotros
y acobardan sus gritos nuestros ánimos.

Nuestros esfuerzos son como los de los troyanos.
Pensamos que con decisión y con audacia
podríamos cambiar el curso del destino,
y miramos fuera al campo de batalla.

Mas cuando el momento supremo llega,
audacia y decisión se desvanecen;
se turba y paraliza nuestra alma;
y alrededor corremos de los muros
buscando salvación en la huida.

Sin embargo qué cierta es la derrota. Arriba,
en las murallas, ha empezado ya la elegía.
Llora la memoria y la pasión de nuestros días.
Amargamente Príamo y Hécuba lloran por nosotros.

El dios abandona a Antonio

Cuando de pronto a media noche oigas
pasar una invisible compañía
con admirables músicas y voces —
no lamentes tu suerte, tus obras
fracasadas, las ilusiones
de una vida que llorarías en vano.

Como dispuesto desde hace mucho, como un valiente,
saluda, saluda a Alejandría que se aleja.

Y sobre todo no te engañes, nunca digas
que es un sueño, que tus oídos te confunden;
a tan vana esperanza no descendas.

Como dispuesto desde hace mucho, como un valiente,
como quien digno ha sido de tal ciudad,
acércate a la ventana con firmeza,
escucha con emoción, mas nunca
con lamentos y quejas de cobarde,
goza por vez final los sonos,
la música exquisita de esa tropa divina,
y despide, despide a Alejandría que así pierdes.

www.antoniovarojimdo.com